

el lenguaje, pero se presume insuficiente –además de puramente anti-pático– ese único postulado estético. Nada ha de extrañar la aparición aquí de artículos sobre Céline o un estupendo y hermoso prólogo a una traducción suya de Boris Vian, pero en medio se encuentran unas páginas imperiosas y cordiales sobre el *Diario* de Jovellanos, astuta y humildemente leídas, pero también la estentórea y humorística denuncia de los filólogos en masa por olvidarse de un poeta, Campoamor, o el recuerdo de sus tempranas aficiones a marginales que han dejado de serlo hoy, como Manuel Machado. Y es muy confortable hallar la confesión de incapacidad para leer bien, en 1949, un libro como *Todo más claro y otros poemas*, de Pedro Salinas, o el reconocimiento de una deuda de gratitud a las muy pocas gentes de una ciudad aliada y cómplice de su aventura de escritor, en «Barcelona, de aquella manera».

Jordi Gracia

Un rey demasiado prudente*

Desigual destino biográfico ha tenido Felipe II. Hasta 1800 sus

biografías fueron escritas fuera de España y bajo el influjo de la leyenda negra. Censurado en vida por algunas de sus políticas, se convirtió luego en el objeto de la nostalgia por la perdida grandeza española. Se considera que el inglés Motley, con su libro de 1956, empieza la era de las biografías documentadas. Lo curioso es que, entre ellas, Kamen no rescata ninguna española moderna (podría haber considerado la de Belenguer Cebria, pero la desdeña) y, entre las clásicas, sólo registra la de Luis Cabrera de Córdoba, contemporáneo del monarca, cuyo texto fue exhumado en 1876. Felipe II parece un tema difícil de abordar desde España y las obras señeras sobre su tiempo nos han venido de fuera: Braudel, Fèbvre, Lynch, Elliot, Parker.

Kamen, en contra de las imágenes tópicas del rey, que lo muestran dominado por pasiones fanáticas y volcado a los extremos, prefiere exaltar su moderación, que le valió el mote de Prudente. Lo contempla con simpatía y sin admirarlo, llevando su moderantismo hasta convertirlo en un personaje de escasa importancia y limitados poderes. A veces, acierta en el retrato de este castellano típicamente *sosegado* del Quinientos: calculador, racional, dominador de sí mismo, ponderado, distante y frío. Otras veces, las cuentas no salen. Cabe

* *Henry Kamen: Felipe de España, traducción de Patricia Escandón, Siglo XXI, Madrid, 1997, 364 páginas.*

agradecer su honestidad de historiador, que ofrece datos posibles de enfrentar a los criterios de Kamen.

Huérfano de madre en su niñez, hijo de un emperador que vivió lejos de él y de su tierra, Felipe fue consignado más como rey de España que como señor de un imperio mundial. Desconfiado en lo íntimo, no tuvo amigos y buscó la compañía de los viejos. Sus cuatro esposas y sus variadas amantes resultan madres ocultas, madrigueras visibles. Optó por los placeres solitarios, como la lectura (arquitectura, pintura, música, milicia, magia, ocultismo, teología: a veces, textos prohibidos por la Inquisición) o promiscuos (danza, caza) pero que evitaban el *tête-à-tête*. Trabajaba cotidiana y obsesivamente, y prefería la escritura a la conversación, lo impersonal y durable a la ambigüedad del cotilleo cortesano. En general, lo atraían las cosas perdurables y coleccionaba obras de arte y reliquias de santos (de éstas reunió unas 7.400 ¿Serían todas imprescindibles?). Las observaba con mayor atención que a sus interlocutores, cuya mirada evitaba.

Sin duda, la muerte y el desapego familiar, sustituidos por ayos y nodrizas, le produjeron un cierto vacío afectivo, que palió buscando apoyarse en lo inmutable de las cosas. Padre de hijos que fueron desapareciendo, concentró su afecto en sus hijas menores, intentando que no desaparecieran antes que él. Desde joven, debió percibir la tensión entre la cultura erasmista

de su posible preceptor Vives y la católica, que acabó transmitiéndole el cardenal Siliceo.

Este conflicto fue el de la España felipina y una de las causas de la famosa indecisión del monarca, que Marañón interpretó como un rasgo de debilidad encubierto, como suele ocurrir, por un manto de rigidez. Débil con grandes poderes, Felipe no pudo manejar las gigantes herramientas que pesaban en sus manos. Lugar privilegiado ocupa en tal panorama el tema religioso. Kamen sostiene que Felipe fue escasamente devoto hasta su etapa final, cuando se vio investido de una misión sobrenatural y trató de compensar sus fracasos mundanos con invocaciones a Dios. El Prudente se volvió Cruzado y el señorío castellano se tornó apelación a los visionarios y profetas.

Por una parte, vemos al Felipe europeo, modernizante, cosmopolita, viajero juvenil: renueva la vetusta arquitectura peninsular, introduciendo la de Italia y Flandes, y la jardinería francesa; organiza colecciones de arte y ejerce el mecenazgo; llama a Las Casas para redactar las Leyes de Indias, las que, aunque de difícil o imposible cumplimiento, llevan los principios del humanismo cristiano renacentista al trato con los indígenas de América.

Kamen muestra a este Felipe en conflicto con la aristocracia española, castiza, ignorante, aislacionista, misoneísta, con sus obsesiones por la limpieza de sangre y la ortodoxia religiosa. Aterrado, como su padre, por las guerras intestinas de

Alemania, Felipe defendió la catolicidad excluyente de España como prenda de paz civil, y acabó sometido al aparato político de la Inquisición.

Por otra parte, el Prudente personifica el casticismo del «ser nacional español». Su dificultad para las lenguas (sólo hablaba castellano, aunque entendía otras neolatinas) es un síntoma de esa rigidez, altiva y desdeñosa, que lleva a prescindir del otro. Austero, y al tiempo, rumboso, es capaz de llevar 11.000 personas de séquito a su boda londinense con María Tudor. Se apoya en la Inquisición por razones políticas (unidad del Estado y la sociedad) pero el Santo Oficio se convierte en el rector de los controles culturales basados en la ortodoxia. Intenta pacificar y hace la guerra (el caso de Flandes es el más notorio): su política de unir por medio de la religión no impide los conflictos en Portugal, Aragón, Andalucía.

Sus políticas merecieron censuras ya en su época, sobre todo al final de su reinado. Este aspecto es el flanco más débil en el libro de Kamen, quien sostiene que en aquellos tiempos no había políticas, que los gobiernos contemplaban la realidad y esperaban pasivamente que ocurrieran eventos para reaccionar ante ellos ¿Eventos naturales?

El imperio español, o quizás hispánico más que español, se basó en un sistema mercantilista de producir y hacer circular la riqueza: valor era el radicado en el metal precioso, que se extraía de América

y pagaba los gastos de la guerra y el excedente social (construcciones suntuarias, tesoro de la Corona). El metal no capitalizó a España, que pasó a ser la parte atrasada y decadente del Imperio. Enriqueció a los proveedores de implementos bélicos de Italia y Flandes, y a los banqueros que financiaban las guerras. España ni siquiera pudo contar con un ejército y una armada estales, debiendo apelar a oficiales extranjeros y soldados de fortuna. Felipe II fue el símbolo: intervino en una sola acción militar. Al final de su reinado, si bien las Indias y Filipinas estaban firmemente sojuzgadas, Flandes era incontrolable, se perdió casi todo el Norte africano, se hundieron tres «invencibles» Armadas contra Inglaterra, Francia se unificó bajo el protestante Enrique de Navarra, las ciudades españolas se llenaron de hambrientos, pestes y sequías empeoraron el cuadro de pobreza creciente e inflación de precios. Ambicioso pero intransigente, escaso de autocrítica, Felipe II sólo admitía sus errores en plan providencial, tras una derrota.

Es cierto que no asistió a las ejecuciones tras los autos de fe, ni autorizó directamente torturas ni asesinatos, aunque haya zonas oscuras en el asunto, pero las hogueras se encendieron y acabaron con disidentes, sospechosos, palabras, libros, ideas. Kamen sostiene que a los contemporáneos no nos pertenece juzgar los crímenes de nuestros antepasados, pues también nosotros los hemos cometido. Razonomiento peligroso: la constancia

del crimen no lo mejora éticamente. Tampoco es tarea del historiador disimular ni justificar inmoralidades. Si acaso, ponerlas al margen de la historia.

A Felipe II, en síntesis, a pesar de sus felices grandezas como El Escorial, los pinares de Castilla y los retratos del Ticiano, le ocurrió lo que a todos nosotros: ser paridos y devorados por la insaciable Madre Historia. Fue un gran bocado y un hijo que rescata su nombre del polvoriento olvido donde yace la mayoría de la humanidad.

Blas Matamoro

Un avance del hispanismo checo

Hace unos meses se podían leer en un diario checo las siguientes palabras: «En nuestro mercado de libros ... apareció en los últimos días una obra singular que será especialmente apreciada por todos los que se interesan por la hispanística. Se trata del *Gran diccionario checo-español*, realizado por Josef Dubský con numerosos colaboradores, que viene a completar el *Gran diccionario español-checo*, editado a mediados de los años setenta».

Este diccionario, cuyo principal autor y coordinador fue el mismo Dubský –y cuyo éxito demuestra la segunda edición de 1993–, se benefició de una ola de interés provocada en los países «socialistas» por la revolución cubana (el trabajo sobre el tema se inició en 1964 y los consultantes fueron los profesores de la Universidad de Oriente, Santiago de Cuba) y, hay que decirlo, fomentada y organizada desde el centro de poder de la época –del Comité central del PC checoslovaco. Lo que explica su rango muy honroso en la serie de «Grandes diccionarios» editados por la Academia Checoslovaca de Ciencias: primero fue, naturalmente, publicado el *Gran diccionario ruso-checo* (de 1952 a 1964, en seis tomos), seguido por el francés-checo (1974, dos tomos) y, en tercera posición, el español-checo (en 1977, dos tomos); el *Gran diccionario inglés-checo* tuvo que esperar hasta 1984-85 (tres tomos). A esta serie se añade el *Diccionario alemán-checo*, prácticamente del mismo tamaño y de riqueza lexical casi igual a sus equivalentes español y francés (dos tomos), publicado por otra editorial checa en 1970.

El nuevo diccionario¹ es, sin duda alguna, una obra importante e impresionante. El usuario hallará en sus dos volúmenes de 1.161 y 1.309 páginas no solamente el extenso lé-

¹ Velký česko-španělský slovník, Praga, Leda-Academia, 1996 (publicación editada con la colaboración de la Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas del Ministerio de Asuntos Exteriores de España).